

María Flora Yáñez (1)

Icha



PERSENTI el sitio que buscaba por un aroma de sementeras que se me vino encima en un recodo del camino. Sí. Allí, perdida en los alrededores del pequeño pueblo de Ninhue, estaba la chacra en que pasé largos veraneos de infancia. Allí estaba la reja de hierro forjado y al fondo, tras una cortina de paulonias y cerezos en flor, la vieja casa de celosías verdes, hundida casi entre lianas trepadoras y rosas silvestres que serpentean por los muros hasta el techo.

No podría decir por qué, al cabo de treinta años, surgió en mí el deseo de visitar ese pedazo de tierra que hasta hoy mantuve en manos de administradores o de arrendatarios a quienes, sin embargo, prohibí siempre la posesión de la casa de celosías verdes que, solitaria y hermética, parecía esperar el capricho que de nuevo me trajera hacia ella. Sólo la mujer de un antiguo cochero iba una vez a la semana desde su rancho a asolear las habitaciones y a sacudir el polvo.

(1) Nació en Santiago y ha publicado: «El abrazo de la tierra» (novela, 1933), «Mundo en Sombra», «Espejo sin Imágen» y «Las Cenizas» (novela), «El Estanque» (cuentos). En 1937, obtuvo el Premio «Atenea», con su libro de cuentos «Visiones de Infancia». Su estilo es directo; su observación justa y sugerente.

Ahora, después de treinta años de olvido, el anhelo de volver había nacido en mí, imperioso como un mandato. O quizás, ese anhelo dormitaba en mi alma desde largo tiempo atrás, sin que yo lo supiera. Los deseos no nacen de súbito; duermen, dentro de nosotros, en espera de algún soplo que despliegue sus alas cerradas.

Y así me encuentro, sin saber bien por qué, ante la fachada pintoresca y algo ruinososa que los resplandores del sol poniente tiñen de rojo. Un minuto permanezco en suspenso. ¿Para qué vuelvo? Entre ese paraje de recuerdos y yo, se alza toda una vida en que otras emociones y otros sucesos, que hasta hoy consideré más importantes, han ido destiñendo los destellos de los menudos acontecimientos de infancia. ¡Treinta años, caídos como una palada de tierra sobre aquellas etapas llenas ya de tanta muerte, de tantos muertos!

Siento una pereza de abrir la reja, una languidez que me mantiene clavado en el umbral largo rato. «Si me fuera...», pienso. Luego murmuro despacito una palabra, un nombre: Icha... Y veo una muchacha flaca, de piernas desnudas y oscuros cabellos al viento, que me mira con grandes ojos interrogativos. La imagen es tan viva, tan nítida, que experimento una sensación de presencia: Icha, la desamparada, la huraña, está junto a mí, detenida en la puerilidad enternedora de sus trece años. Está junto a mí y me tiende la mano para que entremos en aquella época como en un templo largo tiempo cerrado.

De golpe saco una llave del bolsillo, la introduzco en la cerradura y empujo la puerta de reja, que se cierra tras de mí, gimiendo.

Verde, verde...

Los prados del jardín nos parecían, a nosotros los niños, inmensas alfombras aromáticas tiradas al suelo por manos ca-

riñosas para revolcarnos en ellas como animalillos y para que fuera más blando el pisar durante los juegos bulliciosos y el alboroto de las carreras. Más allá del jardín seguía el huerto con su parrón y su fresal tentador, luego un campo de zapa- llos y por último aquel bosquecillo de eucaliptus que era como el estuche de un pequeño estanque, brillando entre los troncos con resplandores de joya.

Eramos siete niños: tres hermanos, tres primos y aquella muchacha sin primos y sin hermanos que había caído como una intrusa en medio de nuestra algarabía. No tomábamos en serio su figura incolora y más bien nos reíamos de sus largas piernas flacas, de sus gestos bruscos y torpes, de su expresión esquiva enmarcada bajo los cabellos crespos. Nos llamaba la atención que, a pesar de ser morena, careciera casi en absoluto de pesta- ñas y cejas. Venía de una casaquinta vecina, casa triste y par- da, sin ventanas. De pequeña había perdido a su madre, y el padre, agricultor casado en segundas nupcias, la autorizaba a mezclarse algunas tardes al bullicio de sus vecinos.

Ahora pienso que estas tímidas escapadas a la zona lumi- nosa de nuestros juegos, deben haber sido para ella algo así como inmensos oasis, desconectados de la trama oscura y ás- pera, poblada de sombras y duendes, que era su vida en la triste casa sin ventanas.

¡Ah, seguramente estoy viejo, muy viejo, para que los re- cuerdos me asalten con esta violencia de avispas zumbadoras! La nostalgia es hambre. Abro puertas, las cierro. Descorro cor- tinajes polvorientos. Aspiro ese olor peculiar a muebles dormi- dos, a atmósfera que no ha sido alterada por vibración alguna, a objetos estáticos largo tiempo, dentro de cuartos vacíos y os- curos. Cuartos que guardaron, sin embargo, timbres de voces, rastros de pasos, alientos regocijados o angustiosos, palpitacio- nes vivas de seres que los marcaron con su huella.

Entró al salón. Sombras envueltas en el ambiente de humo

de los acres cigarrillos que fumaba mi padre y cuyo olor permanece adherido a los viejos sillones de terciopelo azul y al papel de vistosos florones que cubre la pared.

El costurero tapizado de cretonas desteñidas, retiene un último rayo de sol: venido desde afuera. Y mi niñez entra a la pieza en puntillas. Se anulan los años vividos. Se deshacen los días, se deshacen las horas. El presente se esfuma. Acabo de instalarme en el corazón de mi infancia como en un cojín hecho de exquisiteces y dulzuras. Nada ha cambiado. Desde la ventana miro el huerto, henchido de árboles, plagado de seres alados o rastreros, seres algo inquietantes cuyos nombres, para no olvidarlos, repetimos los niños asombrados: cuncunás, hormigas, chinitas, lagartijas. . . ¿Qué son esas manchas grisáceas o lácteas que oscilan en el pasto? Chanchos que estiran el hocico, gansos petulantes y lerdos, gallinas que pasan esbeltas picoteando la tierra. Más lejos, los potreros, el bulto amarillo de la parva, las carretas soñolientas. Y a la vera de la casa, guardándola en su sombra, tres castaños floridos que ostentan aún en sus cortezas las iniciales que grabamos en ellas con un cuchillo silvestre.

La brisa agita suavemente las cortinillas descoloridas de la ventana que, al moverse, despiden un aroma de reliquia.

A mis espaldas siento un runruneo conocido, por escucharlo a diario. Me vuelvo y, sentada ante su máquina de coser que llena con su rumor el silencio luminoso, veo a mi madre, tan placentera. Está vestida con un trajecito de percal y parece una muchacha azorada y muy linda. Sus manos sostienen la tela blanca de las camisas que cose para Felipe, para Anita y para mí. A su lado, la tía Eulogia lee. Ella es la que escoge los prodigiosos cuentos de hadas que, por turno, uno de nosotros va leyendo en alta voz durante las veladas. ¡Cuántos dragones y rucas y princesas! No puedo mirar la cara redonda, bonachona y un poco bigotuda de la tía Eulogia sin pensar en el Enano Amarillo o en Aladino y su lámpara maravillosa.

—¿Esta noche me toca a mí leer la Gata Blanca?—pregunta Maruja ansiosamente.

—¡No! No habrá lecturas hoy, afirma Anita, perentoria. Jugaremos a la «rueda del billón» y apagaremos todas las luces de la casa.

El costurero está lleno de sol. El sol de mi infancia. Y la tarde, esa tarde en que volví a la chacra treinta años después, no subsiste ya sino como un leve aroma de sementeras húmedas.

Cesa el runruneo de la máquina de coser, porque alguien sube la escalera paso a paso. Es mi padre que vuelve de jugar su partida de ajedrez en el pequeño club del pueblo. Escucho cómo, mientras sube, va volviendo las páginas del diario de la tarde, una a una, a medida que hojea rápidamente las noticias del día.

Hasta los cinco y seis años respectivamente, Felipe y yo conservamos nuestros frondosos bucles claros. Pero un día mi padre ordenó con voz seca rozando nuestros cabellos con la punta de los dedos: «Hay que cortar esto. . . Son ya unos hombrécitos». Mi madre protestó suavemente; «¡Qué lástima! Unos rizados tan lindos». . . Pero él insistió y aquella misma tarde las tijeras del único peluquero de Ninhue procedieron a cortar las ensortijadas cabelleras que fueron cayendo al suelo, inútiles. Tic, tic, tic. . . Largo tiempo, cierta sensación de oprobio quedó pegada para nosotros al frígido chirrido de las hojas de metal de las tijeras que, por primera vez, corrieron presurosas sobre nuestras cabezas humilladas. De vuelta a casa nos contemplamos en el gran espejo de nuestra madre y nos echamos a llorar. Nos comparábamos con un gallo sin cresta que había llamado nuestra atención entre los otros airoso gallos del corral.

La caravana de niños afluye del pasado polvoriento y danza en torno a mi persona su ronda cautivante. Están ante mí,

todos, con sus rostros y sus gestos de entonces: Maruja, rubia y juiciosa, tan juiciosa que nunca ensucia su delantal de vuelos y que puede permanecer quieta durante horas observando a su alrededor con sus ojos luminosos y claros. Anita, vivaracha, maliciosa, un poco cruel en sus bromas, y orgullosa de su figurita esbelta y de sus largos rizos negros que semejan tirabuzones. Ella es la que descubre los secretos del jardín y del huerto; ella la que roba frutillas y caza lagartijas, Felipe, turbulento, generoso, adopta a los perros vagabundos de la comarca y hace innumerables colecciones: de plumas, de insectos, de sellos. Es la antítesis de Fernando, soñador, siempre en las nubes y que pasa la vida haciendo versos. Nadie, sin embargo, como él para trepar a los árboles del huerto.

Por fin, la mayor de la comparsa, Luisa, de ojos oscuros y piel muy blanca, airosa y revestida ya de la importancia de sus quince años, nos llena la cabeza de cuentos inventados por ella, de mentiras y fantásticas historias sobre los misterios de la vida. Asegura que será actriz un día y que ya recibe ofertas de las grandes capitales del mundo. Halagadora y engañosa, nos cambia nuestros juguetes de lujo por cachivaches baratos, cuyo brillo sólo nos fascina un minuto. Estudia dos horas de piano al día y aun siento en mis oídos los interminables arpeggios y escalas que llenan con su sonoridad monótona la vieja casa. A menudo arroja lejos las sonatas de Diabelli y los estudios de Czerny que le parecen aburridos para extasiarse ante dos piezas de moda, huecas y sensibleras, que son sus predilectas. Recuerdo «Los Mosqueteros», con sus anchos acordes dulziones... ¡Ah, cuánta poesía enredada a ese piano de mi infancia!

En medio de nuestra robustez exuberante, Icha, la intrusa, pálida, taciturna, surge como un contrasentido. Siempre está silenciosa, lejana, y si le hablamos de repente responde con sorpresa, como si despertara de un sueño. Sus labios delgados caen en los extremos con un pliegue de amargura y rara vez se

entreabren para mostrar la hilera de dientecillos felinos, prodigiosamente blancos. No sabemos en qué sueña, no sabemos por qué calla. Su personita es un mundo cerrado.

Hoy, mirando aquella imagen con la perspectiva del tiempo, pienso que lo que más atormentaba a Icha era el contraste entre la realidad y sus ensueños; la diferencia entre su vida exterior y su vida imaginaria.

En la planta baja de la casa, dos puertas, eternamente cerradas, despertaban en nosotros una mezcla de curiosidad y de terror. ¿A qué cuartos misteriosos abrían? ¿Qué secretos se ocultaban en ellos? Cada puerta tenía arriba un vidrio cuadrado por el que no alcanzábamos a mirar, pero que nos transmitía reflejos del color que imperaba adentro. Por un vidrio aparecía una noche profunda; por el otro, una luz amarilla. Ambas piezas estaban bañadas de silencio. Una, de silencio negro. De silencio amarillo la otra. La comparsa de niños sentía más pavor y curiosidad ante el misterio oscuro de la primera puerta. Yo, en cambio, temía más la claridad de la segunda.

—¡Bah! exclamaba Maruja, desdeñosa. ¿Qué puede haber en esa pieza clara? A lo sumo vivirá allí el enano amarillo. Si es que existen los enanos. . . ., agregaba pensativa. Mientras que en la otra, ¡ay, qué ganas de saber y qué miedo!

Nunca podíamos conseguir que las puertas misteriosas se abrieran. Siempre las llaves estaban guardadas *con llave*. Por fin, una mañana vimos que el jardinero penetraba en el misterio negro y tras él nos colamos. Era un sótano grande, sin aire y sin luz, lleno de sacos panzudos, de botellas vineras, de innumerables tarros. Pero no tuvimos desilusión alguna. Era lo que esperábamos; un silencio cuajado de telarañas y escondrijos, en los que seguramente vivían aquellos murciélagos dormidos y aquellas ánimas en pena cuya cercanía, desde mucho tiempo atrás, turbaba nuestros sueños. Luego entramos a la segunda pieza, especie de granero, lleno también de sacos, que

recibía luz por una claraboya. Nos gustó menos. Y pensamos que los murciélagos y los fantasmas debían reunirse allí a horas ignoradas de nosotros.

¡Ah, con qué nostalgia recuerdo hoy el hálito de embrujo que trajeron a mi infancia la mancha negra y la mancha amarilla de esas puertas gemelas!

Todas las aves del gallinero tenían para nosotros una personalidad, un nombre. Un día entramos al patio de servicio en el mismo momento en que la cocinera mataba un pato. Entre estertores y aleteos, el pájaro entregaba lentamente su vida mientras que de su pico un hilo de sangre oscura caía al suelo manchando las baldosas del piso. Con grandes ojos atónitos los siete niños mirábamos paralizados de espanto. Me pareció de pronto, que las mansas pupilas del ave se posaban sobre mí suplicantes. «Es el Pituco...»; murmuró Fernando con tristeza. «¡Malvada!», lanzó Anita palmoteando furiosamente a la cocinera que sonrió provocante. Con el rostro empapado en lágrimas, Maruja huyó del patio de servicio. Casi en seguida, un «¡ay!» doloroso y apenas perceptible salió del pequeño grupo. De golpe volvimos la cabeza: como una espiga que se dobla, Icha, lívida, se desplomaba desmayada. Confusión, gritos, desorden. Atropelladamente acudió la servidumbre e Icha fué conducida en peso hasta el diván del costurero y tendida entre cojines. «Una simple emoción», explicó mi madre, dándole a oler unas sales muy fuertes. «Ya va pasando...» Icha suspiró, entreabrió los ojos, los cerró de nuevo, sin lograr incorporarse del todo a la vida.

—«Así desmayada—dije—Icha parece... parece...»

—«¡Ya sé!—exclamó Maruja triunfante—Un niño Jesús cansado...».

¡Eso era exactamente! Desde aquel día, Icha, para todos nosotros, más que una compañera de juegos, pasó a ser algo

muy vulnerable, muy delicado, inmaterial casi a fuerza de ser frágil y bello: un niño Jesús cansado...

Siete niños, confundidos de maravilla, bajo la gran campana de cristal que era el cielo transparente sobre el huerto y el jardín. Siete niños con los sentidos en acecho, observando el milagro del universo. Corrientes de savia circulan bajo el suelo envolviendo los cuerpos menudos que se funden con la tierra negra, húmeda y adormecida. Los labios saborean la roja pulpa de las fresas silvestres o el jugoso corazón de las naranjas; los ojos siguen con asombro la caravana de insectos que surgen de la gran inmovilidad, mientras viene la brisa cargada de perfumes y las pequeñas manos se elevan anhelando detener el vuelo de las abejas y de las mariposas que van rasgando la gasa del aire con la luz de sus alas.

Siete niños bajo una inmensa campana de cristal...

Una noche hubo fiesta en la chacra y nos mandaron a acostar muy temprano. Desde nuestras camitas, los niños sentíamos en el piso bajo, rumores inquietantes, persistentes andares, cual si un batallón de ratas invadiera la casa o devorara las vigas de los techos. Afuera vibraban bocinas de autos, alternadas con piafar de caballos y, a intervalos, dos luces redondas como lunas acariciaban con su resplandor los cristales de los cuartos. En la cocina, los sirvientes daban portazos y removían cubiertos. Sabíamos que un mozo había venido de Santiago y durante todo el día vimos confeccionar temblorosas jaleas y manjares tentadores.

A las diez de la noche aun no lográbamos conciliar el sueño, con el oído atento y la mente encendida. «Cómo serán las fiestas de los grandes?»—nos preguntábamos inquietos. Sólo Luisa estaba autorizada para quedarse en el salón hasta la medianoche. Nuestra «mama» había bajado, creyéndonos dormidos. Y entre tanto, el rumor de abajo crecía, crecía, como una tormenta que

se acerca. Por fin, Felipe, mi compañero de pieza, el más turbulento y curioso, no pudo más y echándose fuera de la cama, fué a golpear con los nudillos la puerta de los otros dormitorios infantiles, hasta reunirnos a todos.

«¡Iremos a ver!», ordenó categórico. Descalzo y en pijama, descendimos la escalera uno a uno hasta llegar a la galería vidriada que, sin ser vistos nos permitió mirar, ¡Dios mío, qué cuadro! Un verdadero cuento de hadas... La casa se veía inmensa. Todas las lámparas encendidas, todas las puertas abiertas, los vasos cuajados de flores... Mi madre, de pie al centro, distribuía sonrisas a uno y otro lado, pero de vez en cuando miraba preocupada hacia dentro o se movía para arreglar algún objeto. En parejas, los invitados subían la escalinata de entrada. Y los vistosos vestidos con su fru-frú peculiar nos deslumbraban tanto como la solemnidad de los señores inclinándose para saludar o esas carcajadas sonoras que quedaban vibrando largo rato en el aire. Estábamos borrachos de luz, de admiración. Los sombreros de las señoras; llenos de flores y de pájaros, eran como jardines y gallineros de juguete.

Por un corredor interno penetramos al comedor, engalanado pero todavía desierto. «Robar cuanto podamos...», era nuestra divisa. Ya los dedos impacientes caían como gusanos sobre las golosinas, cuando vimos abrirse la puerta con aire de amenaza. Y un hombre gordo, de chaqueta blanca (después supimos que era el mozo traído de Santiago), se plantó ante nosotros y nos miró entre burlesco y severo. Luego, entornando el postigo que da al repostero, gritó haciendo portavoz con las manos: «¡Llegaron los chanchitos que serviremos asados para la cena! Vengan a buscarlos y los meten al horno. Los guisaremos con callampas...».

Escapamos despavoridos, atropellándonos unos contra otros, y, lívidos de terror, fuimos a escondernos en la oscuridad de nuestros cuartos.

Días después, la aparición del hombre gordo convertía aún

en pesadillas nuestros sueños. Y sentíamos la terrible voz que ordenaba; «¡Méтанlos al horno! ¡Los serviremos con callampas!»

No se nos permite tomar nuestro baño en el estanque traicionero y profundo. En cambio, diariamente nos bañamos en una pileta vecina al gallinero cuyas aguas espesas y color chocolate no nos tientan como el cristal luminoso del estanque.—«El barro es excelente para el cuerpo», arguye tía Eulogia. «Nunca padecerán de reumatismo».—«Ni de ciática», concluye mi madre sentenciosa. Nos resignamos a las aguas oscuras.

Felipe, Anita y yo somos los grandes nadadores del grupo; Ichá apenas se moja las rodillas: Fernando y Maruja se echan al agua temblorosos de susto, y en cuanto a Luisa, a pesar de sus airecillos de importancia, tiene frente a nosotros esa inferioridad, ese baldón; no ha podido aprender a nadar «Para una actriz, la natación no es necesaria—explica con despecho.—Sólo se pide belleza y talento...» Pero nuestras risas resuenan en coro porque sabemos que a ciertas horas en que nos cree distraídos en el huerto, viste su elegante saco rojo, penetra resueltamente en la pileta y entabla desesperada lucha entre sus miembros tiesos y el agua color chocolate.

El chirrido musical de la máquina trilladora se mezcla en mis recuerdos a una gran sinfonía amarilla. La tierra cubierta de heno, el mundo cubierto de heno. Pisábamos las hebras de la paja dorada que despedían una fragancia tibia, más suave que el aroma de la miel. La parva nos invitaba a subir y arriba había, para todos, lechos olorosos y blandos. Luego venía el vértigo de arrojarse por esa pendiente liviana, también amarilla, y el peligro de quedar sepultados bajo la montaña de oro, tan leve como el plumaje de las palomas.

Caíamos unos sobre otros, sofocados, aspirando por la nariz, por la boca, por los ojos, el capotillo. Y rodábamos acari-

ciados por ese abrazo amarillo, frío como la escarcha de la mañana y más fragante que los claveles del jardín.

Partíamos, por fin, en las carretas, tan henchidas de paja que casi tocábamos el cielo. Ibamos muellemente tendidos los siete niños, lado a lado y apostábamos a quien tocaría con los dedos una nube.

Los domingos son días deliciosos: Edelmira, nuestra «mama», confecciona para el té una torta de mil hojas y el tío Augusto, hermano solterón de mi madre y camarada nuestro más que tío, nos permite sacar de la biblioteca de su cuarto sus maravillosos libros traídos de Europa y extasiarnos ante las láminas durante las horas de reposo.

—«¡Pero cuidado con ajarlos!—nos recomienda cada vez. —No digo romperlos: porque eso sería indigno de niños cuidadosos como ustedes...».

Hoy, Maruja tuvo la desgracia de romper un grabado, quizás el más fascinante de todos; una duquesa con amplio traje y plumas sobre alto peinado, sostiene a otra duquesa más joven que se ha desmayado por algo que le dice don Quijote. Debajo del grabado está escrito: «Mal haya cuantos caballeros andantes hay en el mundo».

Aterrados por la destrucción de Maruja, fuimos sigilosamente a colocar todos los libros en su sitio, comprendiendo la magnitud de la catástrofe. ¡Nunca más tío Augusto nos confiaría esos enormes volúmenes que son minas de tesoros preciosos y raros! «Lo mejor es confesar», decidimos. Maruja llorosa y desesperada, dió cuenta de su delito, y la furia del tío Augusto fué como un ventarrón que sacudió la casa. Su alegre rostro se llenó de pequeñas arrugas y sus ojos parpadeaban mientras, para concluir la reprimenda, nos declaró con acento inflexible: «No le verán el polvo a mis libros».

A la hora de comer, inesperadamente, Maruja se levantó de su asiento en un extremo de la mesa y, roja como una be-

tarraga; dejó caer sobre la servilleta del tío Augusto la alcancía de lata en que guardaba sus menudas entradas. «Tómala, balbuceó ante la estupefacción de todos. Es por la lámina del libro...» El tío Augusto, enternecido hasta las lágrimas, besó largamente la carita asustada de Maruja.

Dos días después, sobre su velador, ella encontró una alcancía nueva, la más bella del mundo: modelada en cobre, maciza, brillante, la cabeza de un indio con los gruesos labios entreabiertos para devorar las monedas.

Tío Augusto había hecho viaje especial a Santiago con el objeto de comprarla y premiar el gesto singular de Maruja.

Al trote de los caballos y seguidos de un batallón de perros, vamos por los caminos campo adentro. En fila los siete niños, custodiados en cada extremo por mi padre y tío Augusto y seguidos de cerca por el breack que conduce a las dos madres, vemos desfilar ante nuestras miradas, trigales y viñedos, rebaños y caseríos.

Nos perdemos entre los matorrales olorosos, costeano el valle, de potreros a montes, mientras se descolora el sol. Hay zonas perfumadas en que nos llegan ondas tibias de madre selva y de azahar. Hay ranchos pintorescos que nos miran con la pupila amarillenta de su única ventana. Hay higueras monstruosas a cuya sombra grupos de niños morenos, casi desnudos, desgredados y sucios, se revuelcan en el barro y juegan con aire perezoso. Hay caminos oscuros bajo la misteriosa cúpula de castaños y acacios gigantes. El viento hace temblar las hojas que, sobre la tierra seca, proyectan su sombra desteñida. De vez en cuando un conejo atraviesa veloz entre las patas de nuestras cabalgaduras y se pierde a lo lejos bajo los enmarañados espinos de los lomajes.

Vamos por los caminos campo adentro, al trote de los caballos y seguidos de un batallón de perros. Cuando volvemos a la casa, el paisaje se ha dormido. Sólo queda el viento, men-

sajero de perfumes, y las siluetas desvanecidas de los árboles que se perfilan bajo la noche cargada de estrellas.

Con los primeros nublados de marzo volvíamos a Santiago para entrar al colegio y se dispersaba la comparsa. Hasta el año siguiente. Y así iba pasando el tiempo, Ya éramos grandecitos y no creíamos ni en los enanos, ni en los gigantes, ni en las princesas encantadas de los cuentos. Por un anhelo, convertido en certeza, nos hacía más dulce el invierno, nos tornaba más breve la ausencia: volver a la casa de celosías verdes; explorar otra vez, todos juntos, su jardín y su huerto cargados de secretos.

Cada verano encontrábamos a Icha más enigmática. No traía ninguna alegría a nuestros juegos y por ello la desdeñábamos un poco. Pero una tarde, ella y yo, quedamos rezagados cerca del bosquecillo.

Vamos paso a paso, en silencio, siguiendo un sendero angosto bordeado de amapolas. La noche se aproxima, precedida por su aliento oloroso de mil perfumes; entre los que mi olfato distingue la yerba húmeda, los almendros en flor y aquél, más penetrante, de una hilera de juncos quebradizos que se yerguen a la vera de los prados. Una semiclaridad, hecha también de mil matices diferentes, envuelve el paisaje. Pasamos frente a una planta sin nombre que, medio oculta en la sombra, florece rara vez. Sin embargo, cuando un haz de sol la incita, suele dar una sola flor, azul, enorme.

Hoy está allí la flor, solitaria, bella cual un milagro. Icha se inclina para tocarla y permanece como hechizada largo rato. Sin saber bien por qué, paso mi brazo alrededor de su cintura, tan asombrosamente fina que tengo la impresión de rodear el tallo tembloroso de uno de aquellos juncos que recién hemos dejado atrás. Ella levanta la cara y noto que llora suavemente.

—¡Icha!—murmuro, conmovido por esa pena silenciosa que no acierto a comprender.

Ella entonces llora más fuerte y los sollozos estremecen sus hombros gráciles, seguimos avanzando; enlazados. No me atrevo a mirarla, pero oigo siempre junto a mí su llanto persistente. De pronto abre los labios y se desborda contándome en frases entrecortadas la causa de su pena: es muy infeliz en su casa. No se aviene con su madrastra que la trata mal y la hace trabajar como a una cenicienta. El día menos pensado se irá para siempre, no sabe dónde, tal vez a reunirse con su madre.

—Pero... ¿no está muerta?—pregunto tímidamente.

—Sí... está muerta, responde pensativa. Luego agrega en voz tan baja que es más bien un cuchicheo:

—Te voy a contar un secreto, pero, ¡júrame, Juan, que no lo dirás a nadie! Ella está muerta, pero todos los días me llama desde el fondo del agua. ¿Comprendes? En el estanque...

Pienso que ha perdido la razón. Y guardo silencio. Entretanto, la noche es una cosa viva, tenebrosa, que nos va envolviendo con su manto de ceniza. Siento miedo, oprimido por extrañas imágenes e invisibles fantasmas que las palabras de Icha despiertan en mi mente de doce años. El estanque, muy cercano, se me antoja un mundo mágico, mundo temible, plagado de apariciones y misterios. Separo mi brazo de la cintura de Icha. Luego, en un impulso irresistible, la tomo de la mano y echo a correr hacia la casa, arrastrándola.

Llegamos exhaustos y muy rojos. El plácido ambiente de la sala, con su lámpara de pantalla verdosa bajo cuyo esplendor todos aguardan quietos el sonido del gong que anuncia la comida, calma mi turbación, mi miedo. Miro a Icha, serenada también. La miro y sólo entonces noto que sus ojos, a pesar de no tener cejas y apenas unas pestañas muy cortas, son como lámparas encendidas. Y queman,

Ya no puede serme indiferente. Un secreto nos une. Una intimidad, creada en un instante.

Fué mi primer amor. Un amor silencioso, sin manifestaciones ni palabras. Ella lo adivinó, seguramente. Era tan sensitiva

que cualquier emoción, cualquier susto, retiraba la sangre de sus mejillas prestándole una albura de lienzo. Y nunca osé decirle con qué fervor habría besada su cara morena, sin cejas. Yo tenía doce años cuando empecé a quererla. Catorce, cuando la perdí para siempre.

En castigo por haber pasado toda la mañana leyendo en vez de asear las piezas y ayudar a limpiar la pocilga de los chanchos, hace una semana que Icha no viene a participar de nuestros juegos en la chacra. La posee una verdadera manía de lectura, muy a propósito para enfurecer a su madrastra, que le reprocha inútilmente lo que ella califica de sinvergüenzura y de pereza. ¡Querría a Icha todo el día con el plumero y la escoba en la mano! Impresionable y asustadiza, Icha saborea entre sobresaltos o angustias los libros que le presto furtivamente. Hace una semana fué «La Princesita de los Brezos». Ayer, algo más serio: «El Castillo de los Cárpatos». ¡Ah, el embrujo de esas frases y brillantes como el rayo, que aparecen bajo las láminas y que nos gritamos desde lejos, a guisa de saludo! «¿Es bruma? ¡No! Parece humo...» O aquella otra: «Vi la figura de un hombre de pie sobre el picacho...» O, mejor aún: «¡Abrid los ojos, Dora, por piedad!»

Ahora que Icha está ausente de nuestra casa hemos encontrado la manera de comunicarnos por una de las innumerables grietas del muro ruinoso que deslinda con el huerto. De bruces sobre la tierra, ella con sus dedos separa las enredaderas perfumadas y nos mira jugar al escondite o buscar entre la hierba a las ranas parlanchinas y a las presurosas lagartijas. «Ay, qué no daría por traspasar la muralla!», dicen sus ojos que tienen la febril impaciencia de un pájaro enjaulado.

Entretanto, del fondo de mi ser, brota un solo deseo, agudo como un grito: traspasar a mi vez, la muralla...

En dos ocasiones hemos divisado a la madrastra: pecosa, desabrida, con el pelo rojizo. Por su cara puntiaguda y su ma-

nera de andar, echada hacia atrás y separando las piernas, Luisa le ha puesto la Gallina.

Su marido, padre de Icha, es, según dicen, un buen hombre, un pobre hombre, tranquilo, débil, dominado por ella.

¿Cómo tuve la osadía de penetrar en la fea casa sin ventanas? Al igual que un ladrón salté la tapia derruida del huerto, me escurrí bajo unos limoneros; atravesé un pequeño patio en que, tendidas sobre cuerdas, bailaban al sol algunas piezas de ropa interior recién lavadas y, empujando la puerta entreabierta, me vi de pronto en el misterio de un vestíbulo oscuro.

Venía a sacar a Icha de su encierro: a raptarla como en los cuentos de piratas. Hasta traía preparado un discurso para lanzarlo a la madrastra si intentaba oponerse. «Señora pelirroja, Ud. no tiene ningún derecho para hacer trabajar a Icha como una sirvienta, ni tampoco para prohibirle que lea los maravillosos cuentos que le presto. Menos derecho tiene todavía para encerrarla en esta casa sin ventanas y no dejarla jugar y conversar con nosotros. Por eso he venido a llevármela. Y si da un solo paso para oponerse, en vez de Gallineta la llamaremos Bruja...»

Empujé otra puerta y penetré a un pequeño hall, igualmente desierto y oscuro. No se oía un solo ruido, como si seres y cosas estuvieran muertos. Pero era un silencio diferente al que reinaba a veces en nuestra casa. Un silencio más oscuro, más pesado, que no tenía, sin embargo, nada de aterrante. En suma, era un silencio aburrido que no despertaba mi curiosidad y que... ¿cómo diré? estaba desprovisto de grandeza. También la sombra de las piezas era distinta de aquella ¡tan cobijante! que creábamos en nuestro hogar al cerrar las persianas después de almuerzo.

Estupefacto de no encontrar a nadie, abrí de par en par la única ventana que cae al patio, porque hacia afuera, hacia la luminosidad del camino sólo había un muro ciego que mantenía

la casa en un aislamiento de cárcel. Abrí esa única ventana y de nuevo mis ojos tropezaron con la ropa tendida al sol que se balanceaba melancólicamente. Un reguero de luz entró al hall y los muebles sin alma, polvorientos y horribles, cobraron vida. Desde la cubierta de un viejo fonógrafo, un retrato de la madrastra me miraba con sus ojillos penetrantes. La examiné con odio. Y en voz alta, como si me oyera, le arrojé a la cara las frases preparadas de mi discurso: «Señora pelirroja... etc.»

Pero... ¿dónde estaba Icha? Vagué largo rato, a diestra y siniestra, sin encontrarla: Por fin, alicaído, partí atravesando esta vez la puerta de entrada. Compadecía a Icha por tener que vivir todo el año en ese ambiente aburrido, hediondo a parafina, entre muebles de pacotilla y sombras sin misterio. Y me compadecía a mí mismo por no haber podido realizar mi heroico e intrépido acto de pirata.

Averigüé después que la madrastra, en compañía de Icha y de la cocinera, había ido de compras al pueblo.

Pero nunca hablé a nadie de mi visita clandestina a la triste casa sin ventanas.

Por fin volvió Icha a vernos en la chacra. Venía muy seria muy linda, enmarcada su carita pálida por los negros cabellos crespos que cubría un gran sombrero de paja, adornado con cecezas.

Solos, ella y yo, nos sentamos sobre el pasto, apoyados en el tronco de un álamo gigante. Todo callaba y me parecía sentir a mis espaldas el impulso mudo del árbol. Icha permanecía pensativa.

—Hoy tienes dorados los ojos, como si estuvieran llenos de rayitos de sol.

Enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Icha, tengo ya más de catorce años y si te molesta la Gallineta, yo estaría dispuesto a...

—¿La Gallineta? ¡Por Dios, Juan! No hables así. Si te oyera...

—¡Tonta! Sabes que no puede oírnos y que a esta casa no viene.

Ella calló melancólica. Luego me dijo:

—Escucha, Juan. A ti puedo contártelo; de nuevo mi mamá ha aparecido en el estanque.

Tomé un airecillo de importancia para exclamar;

—¿Siempre crees en cosas tan absurdas?

Tembló entera.

—¡Nunca más te contaré mis secretos!

Pero yo temblé también de pronto, y dije emocionado hasta las lágrimas;

—Icha, ¡quiero saber tu secreto!

Entonces ella empezó con una voz velada, la misma de aquella tarde memorable;

—Hacía cerca de un año que no la veía, pero ahora, desde hace casi un mes, me está llamando de nuevo. Ni siquiera necesito acercarme al estanque. En las noches la siento en todas partes...

Quedamos tristes los dos, y no encontramos nada más que decirnos.

Maruja adora sus muñecas. Las tiene rubias, morenas, mulatas, chicas y grandes, vestidas de aldeanas, de bebés recién nacidos, de niñas con largos bucles y zapatitos de charol, de colegialas. Cose para ellas, cocina para ellas, y en la noche las acuesta en camitas primorosas. La preferida—Catalina—duerme en sus brazos, confundida la cabeza de porcelana con la dorada y sedosa cabellera de Maruja.

Anita detesta las muñecas y prefiere encumbrar volantines o columpiarse hasta quedar borracha. Menosprecia las labores femeninas y establece una verdadera competencia deportiva y de estudios con nosotros los muchachos. Tiene el don de imitar

el lenguaje de los animales y una ambición desmedida por inventar farsas que asusten a alojados y sirvientes.

Luisa es una amazona perfecta. Esbelta, altanera, burlesca, pasa por mis recuerdos llena de gracia. Sus palabras, sus ideas, se me imaginan burbujas de champaña, tan espumosas y livianas son. Tiene en Santiago un sinnúmero de adoradores a quienes maneja con coquetería desdeñosa. La autoridad de sus diecisiete años y de su carácter despótico, pesa como un hechizo sobre la pequeña comparsa.

Para Icha, el mayor goce es dar de comer en su boca a los pájaros, desde el verde jilguero hasta la loica de pecho encarnado. Pone en su lengua las migas de pan, los granos diminutos. Y los pájaros, aprisionados en sus manos, pican, pican, entre palpitaciones y gorjeos. A veces los labios de Icha sangran. Entonces ella suelta de golpe el cuerpecillo tibio que cae en su regazo batiendo las alas cortadas y trémulas.

Hay aromas que son espejos encantados hacia los cuales inútilmente se tienden nuestras manos, pero que nos retornan, embellecidas, las imágenes casi legendarias que el ala del tiempo ha empañado.

La noche envuelve el viejo floripondio del jardín que responde a ese abrazo nocturno esparciendo una ola de fragancias. Y la figura de mi madre, con la cabeza majestuosa que sostiene el moño de su cabellera castaña peinada hacia atrás, resucita, sale de la cripta de mármol en que duerme hace diez años y surge a mi lado, rozando mi frente con sus dedos. Junto a la máquina de coser; a la vera del brasero... Su corazón palpita por los suyos como una mariposa que despliega las alas al sol. Su presencia es a la vez santuario y horizonte.

No necesita hablar: su silencio tiende en torno un manto cálido que cobija nuestra fragilidad. Todo el ambiente está impregnado de ella y nada en el mundo tiene importancia porque velan sus facciones finas, apenas desteñidas bajo una ilusión de polvos de arroz,

Sus cabellos se obstinan en no seguir la moda y se anudan en la nuca naturales y ondulados. Pero la maravilla de las maravillas es cierta capota de paja negra, adornada de nomeolvides, que aparece sobre su pelo como algo sobrenatural en las circunstancias más solemnes. ¿Cuántos años duró esa capota sin edad y sin época que fué creada sólo para ella? «No quiero llamar la atención con sombreros vistosos...», afirman con timidez sus labios. Pero cuantos la ven admiran su adorable figura arrancada de algún grabado antiguo, con su aspecto a la vez infantil y severo y con las violetas oscuras de sus ojos que procuran desaparecer tras una ingenuidad de colegiala y bajo el ala de aquella inverosímil capota negra, cuajada de nomeolvides.

Tuc... tuc... tuc... Desde hace más o menos dos semanas, un chuncho escondido entre las ramas de un nogal centenario, deja caer sobre la casa durante las noches su tétrico y monótono grito.

—¡Mal augurio!, murmura tía Eulogia, suspirando. ¿Te acuerdas, Augusto, de lo que pasó en Las Chilcas?

El tío se encoge de hombros. «¿Por qué atribuirlo al chuncho?», murmura.

Sin embargo, esta noche salimos todos afuera a cerciorarnos del sitio en que ha echado raíces el pájaro agorero. Provistos de una linterna exploramos los árboles. A medida que avanzamos hacia la espesura del huerto, el grito se siente más nítido, más lúgubre, como el sordo e intermitente golpe de un martillo. Por fin Felipe se detiene y exclama: «¡Alto! ¡Ahí está!». Bruscamente cesamos la búsqueda y nos amontonamos para acechar al enemigo que se oculta entre las ramas de un nogal.

Ahí está, realmente, al final del largo rayo azul que lanza la linterna en la noche profunda. Ya no grita y se mantiene inmóvil, mirándonos con sus siniestros ojos, amenazadores y re-

dondos. De pronto abre las alas y emprende un vuelo lento, pesado, silencioso.

«¡Lástima no haber traído mi escopeta!, gritó mi padre. Con qué gusto le habría dado un tiro... Pero volveremos a matarlo mañana en la noche».

Como quien espera una fiesta, durante el día siguiente, los niños esperamos la cacería del chuncho que, noche a noche, en dos semanas, había dejado caer sobre la casa su grito de mal augurio.

Salimos después de comida, guiados por la linterna que esparce ante nosotros una gran claridad. Pero no lo encontramos ni en el nogal ni en árbol alguno. «¡Caramba!, exclama el tío Augusto. Esta noche no ha venido, como si hubiera adivinado que íbamos a matarlo».

De ese modo, durante cuatro noches, salimos inútilmente provistos de escopetas. Por fin, mi padre ordenó: «¡Basta ya de este deporte! A olvidarse del chuncho que se ha ido de aquí para siempre, llevando su fealdad a otra parte...».

«¡Gracias a Dios!», murmura tía Eulogia, persignándose.

Se guardó la escopeta y no pensamos más en el asunto.

Pero esta noche— ¡Dios mío, parece casi una burla!—ha empezado de nuevo su monótono canto: *tuc... tuc... tuc...*

El grito resonó martirizante, como un reptil se escurrió entre los árboles, fué a estrellarse contra los muros blancos y penetró en la casa con el ropaje negro y sórdido de lo irreparable: ¡Icha se ahogó! ¡Icha se ahogó!

El piano calló de súbito. Y todos, grandes y chicos, trabajadores y sirvientes, nos precipitamos jardín adentro. Después...

Cuando la sacaron del estanque semejaba una gran muñeca de cera dentro de las gasas mojadas del vestido. Su cabeza estaba doblada sobre el cuello cual una flor marchita y los párpados entreabiertos dejaban ver las pupilas opacas que antes quemaban como lámparas. Jamás olvidaré esa tarde de verano

en que de pronto la vida me pareció injusta y el mundo sombrío y la tierra sucia. Jamás olvidaré esas caras trágicas, ni esa agitación estéril, ni esas espaldas encorvadas trayendo el bulto precioso. Lágrimas, lágrimas. ¡Nunca más veríamos a la niña venida como intrusa de la casa vecina, la niña huraña, triste, de hombros huesudos y mirada sin cejas!

El grito fué lanzado por Fernando, que leía en el bosquecillo de eucaliptus y sintió el choque del cuerpo en el agua. «Hacía rato que ella vagaba por la orilla del estanque asomándose como si buscara algo adentro», explica con voz preñada de sollozos. «¡Puedes dar un traspies!, le grité desde lejos. ¡No te acerques tanto! Luego me sumí en mi lectura, hasta que...»

Un hipo de dolor corta la frase. Yo sé, sin embargo, que no hubo traspies y que la verdad es otra. ¡Otra! Fernando ignora lo que yo sé.

Me callé. Fingí creer en el accidente. ¡Pero, Dios mío! cuánto tuve que luchar para arrancar de mis ojos y de mi corazón *la verdad* que, hora tras hora, me perseguía como un perro rabioso! Icha cada día más triste, más acorralada en su casa, más sola. Una gran turbación nace en ella, se precisa. Y la nostalgia torturante la embriaga cual una nube de polen. Estática, va a asomarse al agua del estanque que la mira desde abajo con su gran pupila verde. Una fisonomía aparece en el fondo, le sonrío, luego se esfuma.

Pero una tarde mas olorosa, más enervante que otras tardes... Icha vacila, inclinada hacia adelante. ¡Ah, por qué para abrazar a su madre debe afrontar un peligro tan grande! ¡Por qué las cosas no son para ella tan sencillas y fáciles como para los otros niños! De pronto, un carruaje se detiene en el fondo del agua. De él descende su madre, ataviada como una princesa de los cuentos de la tía Eulogia. Sonríe y le hace señas para que baje a juntarse con ella. La niña vacila todavía, fascinada, pero temerosa. La madre repite la seña, como si tuviera

ra prisa. Hace ademán de subir de nuevo al coche que la conducirá lejos, esta vez para siempre.

Entonces Icha se decide. Ni un momento piensa en las consecuencias de lo que hace porque su quimera ha tejido una gran pantalla alrededor de su mundo. Con gestos vacilantes, avanza, moja en el agua un piesecillo, sin dejar de mirar hacia el fondo. A través de la onda transparente, la imagen querida la atrae, la llama, la subyuga. No está fría el agua en esa esplendorosa tarde de verano. Al contrario. Y alrededor, el paisaje desfallece, la tierra respira, maternal, agradecida. Icha siente de antemano en su cuerpo, la caricia, el beso del estanque que le echa encima su aliento de frescura.

Por fin, cerrando los ojos, se tira de bruces al misterio del agua. Aspira y bebe a grandes sorbos. Le parece que su pecho se ensancha y que su alma, hasta entonces cargada de orfandad, se torna ligera, vaporosa. Al mismo tiempo, su cuerpo no le pesa ya y parece tener alas. Un bienestar ignorado invade sus miembros y penetra su carne. Sus sentidos agudizados escuchan una sinfonía, allá lejos. Su madre, convertida ahora en hada, la toma en brazos para subirla a su carruaje de oro que parte rápido, rápido. Todo se borra de golpe. E Icha, para siempre, cae al inmenso vacío, a la sombra infinita.

En aquel entonces no definí con esa precisión los sucesos, las imágenes. Fué, al contrario, una avalancha, un alboroto de infierno en mi cabeza que registraba visiones y sensaciones amontonadas en desorden una sobre otra. Pero tras el delirio malsano surgía claro el carruaje, la niña triste revestida de alas, la madre convertida en princesa.

¡Ah, era eso, sólo eso, la muerte. Una inmovilidad. Un abandono. Y esa frialdad blanca de estatua que no se debe rozar con las manos, apenas con los ojos, y que pone de pronto entre ella y nosotros un abismo insalvable! ¿Dónde, dónde se ha ido toda la sangre de su cuerpo?

Por mucho tiempo caigo a la cama, delirante. Y es siempre la misma visión la que me hace erguirme, trémulo y sudoroso, en el lecho: desde el fondo del agua, una larga figura cadavérica; con el rostro velado, se aproxima hasta tocarme y me tiende una sola flor, azul, monstruosa—la flor de la planta sin nombre que vive en la sombra del jardín y que fué mi primer vínculo con Icha. Luego, la figura se deshace en la nada. Vuelvo en mí lentamente y el tic-tac del reloj del velador me lleva a la realidad y me hace comprender que estoy en mi cuarto, enfermo. Me recuerda, también, que sufro.

Aún ahora, después de treinta años, vuelvo a sentir el hábito de la visión tremenda y respiro el calor de un rostro, el rostro de mi madre, inclinado con amor sobre mi primer tormento.

Ha terminado mi visita a la chacra. He pasado en ella dos días y dos noches. Me voy. Para no volver más, probablemente. Los fantasmas retroceden y se diluyen en la sombra. Les digo adiós, pero me llevo su irradiación, me llevo sus reflejos. Salgo de mi niñez. La puerta de reja, gimiendo, se cierra sobre un pequeño mundo mágico en el que dejo un pedazo vivo de mí mismo, el mejor, el más puro, el más coloreado de esplendor. Afuera, treinta años tempestuosos y grises caen de golpe sobre mí. Y entro a un mundo distinto en el que no encontraré ni la armonía, ni la emoción, ni el aroma que han quedado guardados en la casa de celosías verdes. Me alejo a trancos largos por un camino obscuro. Sombras de árboles en el suelo dormido. Sombras. Sombras. Vienen a mi encuentro inquietudes conocidas, problemas conocidos.

Sigo. Entro en mí mismo. Y, bruscamente, un gran cansancio me abate.